

El Valiente



Muchacho Camarero

Un jovencito de ojos negros pero de rostro pálido marcado de tristeza, se inclinaba sobre la serviola mirando las olas que furiosamente bañaron el casco del velero. El barco hacía pocos días salido del puerto, a Alano, habiendo conseguido trabajo entre los marineros, estaba haciendo su primer viaje sobre el mar. Era claro que él intentaba evadir el compañerismo con los demás marineros que eran hombres toscos y malvados. Había sido pronto en atender órdenes de su capitán y otros en la tripulación, pero sus ratos desocupados los pasó apartado de ellos, contemplando las aguas y recordando las tristezas del hogar que había dejado. Los marineros le habían ofrecido de sus licores aún en carcajadas burlándose de él, lo molestaban mucho cuando él negaba tomarlos.

Por fin, se pusieron de acuerdo entre sí, en hacer que Alano a la fuerza tomara su trago. Encontrándole solito un día en la popa del velero, uno le agarró y le sostuvo mientras el otro hizo el intento de meterle la botella en la boca. Los demás marineros con grandes carcajadas mostraron su alegría.

“Ríanse si quieren”, dijo Alano con tono de firmeza; “Pero jamás tomaré una sola gota. Ustedes hombres grandes deben tener vergüenza de tomar y mucho más por intentar hacer que un muchacho a la fuerza lo tome”. En el mismo momento en que el marinero levantaba la botella hacia los labios del muchacho, Alano lo agarró y lo echó al mar. El capitán y el guardián del contra maestre oyendo la bulla, se acercaron y el corazón de Alano se alegró pensando que ciertamente el capitán exigiría que sus hombres dejaran de molestarle, pero el mismo capitán era hombre tosco que tomaba mucho y cuando se dio cuenta del problema, juró que pronto el muchacho tendría que “tomar su medicina”. Y al oír que Alano había tirado la botella al mar, se puso muy enojado y

gritó: “Subidlo a la vela mayor. Le voy a enseñar que no le conviene desperdiciar mis bienes”.

Dos marineros se adelantaron para atender órdenes del capitán pero Alano con señas de mano los detuvo y con voz queda pero de respeto, dijo: “Yo iré solo, mi Capitán, y le suplico que me perdone. No quise ofenderle”.

La mano de Alano temblaba un poco al agarrar los aparejos del barco para subirse sobre las escaleras de lazo. Al ver el capitán que él se movía despacio y con mucho cuidado, le gritó: “Apúrate” y Alano se esforzó por cumplir la orden del capitán pero con un pie resbaló y él se quedó agarrado con una sola mano sobre las aguas embravecidas. Se oían carcajadas del capitán y burla de los marineros; pero luego Alano logró asegurarse de nuevo y en pocos momentos estaba en la guinda.

El guardián del contramaestre era de corazón más tierno y rogó al capitán no dejar al niño durante la noche, porque podía morir de frío. El capitán rehusó atender las súplicas de su ayudante y le aseguró que subiría después para ver que tal le iría.

“Si te permito bajarte, ¿me prometes tomarte lo que tengo en la mano?,” gritó el capitán levantando un vaso en que rojeaba y resplandecía algo de su mejor vino.

“No, Señor. Eso no puedo”, gritó el muchacho valientemente.

“¡Basta!” gritó el capitán. “Entonces te quedas ahí toda la noche. Nos veremos hasta mañana”.

Al caer la noche el guardián del capitán, sin que su jefe se diera cuenta, logró subirle a Alano una frazada, algo de comida, y una bebida caliente.

En la madrugada el capitán subió sobre cubierta, y alzando la voz, gritó: “¡Hola, muchacho!”, pero cuando no hubo contestación, dio órdenes que bajaran al niño y al tender su cuerpo sobre cubierta, se ablandó su voz un poco: “Aquí, Hijo. Tómate esto y te dejaré de molestar, pero de todas maneras tienes que aceptarlo para saber que aquí yo mando y que todos me tienen que obedecer”. Alano estaba muy débil y casi tieso del frío pero logró enderezarse, y sentándose, se dirigió al capitán: “Mi Capitán Harden, hace dos semanas, delante de la sepultura abierta de mi madre, juré solemnemente que jamás probaría esa bebida temible que arruinó nuestro hogar y adelantó la muerte de mi madre jovencita. El día siguiente alargué mi mano por las rejas de la cárcel para despedirme de mi padre. Con sus ojos llenos de lágrimas, me suplicó: ‘Ore por mí, Alano, y siempre recuerde, nunca probar licor’. Mi Capitán, puede hacer conmigo lo que quiera. Déjeme morir de frío en la vela mayor o tíreme al mar pero por amor a mi madre difunta no me obligue tomar ese veneno.”

Alano cayó de nuevo sobre cubierta y se deshizo en lágrimas. El capitán dejó caer su mano temblorosa sobre la mano del muchacho y dirigiéndose a la tribulación, dijo: “Por amor a nuestras madres, respetemos el voto de Alano y os digo también, que de aquí en adelante, está terminantemente prohibido molestar a este niño”. Sin decir más, muy solemnemente el capitán se dirigió a su camarote.

¿Cuántos de nosotros tendrían valor suficiente para resistir las tentaciones aún a costo de nuestras vidas?

-Traducido de The Shining Light